



*Violencias, masculinidades y cambio generacional
en jóvenes pandilleros de Guadalajara (México)*

Rogelio Marcial
rmarcial@coljal.edu.mx
Universidad de Guadalajara/El Colegio de Jalisco
(México)



RESUMEN

La ponencia presenta los resultados de diferentes trabajos de investigación e intervención con pandillas violentas de la zona metropolitana de Guadalajara, realizados entre 2013 y 2016. Centra su atención en los procesos de generación de violencia entre los jóvenes pandilleros para detectar junto con ellos respuestas resilientes a las violencias sociales que les afectan (violencia intrafamiliar, violencia barrial, crimen organizado, violencia policiaca y violencia estructural referida a la falta de empleo, educación y oportunidades de bienestar social y comunitario). A su vez, analiza las formas de construcción de masculinidades violentas a partir de la relevancia de los roles tradicionales de género y las condiciones socioculturales en las que interactúan cotidianamente. Finalmente, también se presentan los resultados del análisis sobre un cambio generacional de estas pandillas, entre inicios de los años 80s en relación a la actualidad 2016-2017, para detectar las formas en que ha afectado la presencia de los cárteles de las drogas en sus barrios y la llamada "guerra contra el crimen organizado" llevada a cabo por el gobierno mexicano entre 2010 y 2015.

Palabras clave

Jóvenes, Pandillas Violentas, Guadalajara (México)



ABSTRACT

This paper presents results of different research and intervention work with violent gangs in the metropolitan area of Guadalajara, conducted between 2013 and 2016. Focuses on the processes of generation of violence among young gang members to detect together with them resilient responses to interfamily violence, neighborhood violence, organized crime violence, police violence and structural violence related to lack of employment, education and social and community welfare opportunities. At the same time, it analyzes the forms of construction of violent masculinities from the relevance of the traditional roles of gender and the socio-cultural conditions in which they interact daily. Finally, the results of the analysis of a generational change of these gangs between the early 1980s and the current 2016-2017 are also presented, in order to detect the ways in which the presence of drug cartels in their neighborhoods has affected the called "war against organized crime" carried out by the Mexican government between 2010 and 2015.

Keywords

Youth, Violent Gangs, Guadalajara (México)



I. Introducción

En esta ponencia presento los resultados de diferentes trabajos de investigación e intervención con pandillas violentas de la ciudad de Guadalajara, realizados entre 2013 y 2016. La llamada Área Metropolitana de Guadalajara incluye 4 municipalidades centrales (Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá), a las que se le han sumado otras 4 en los últimos 15 años debido a un crecimiento urbano desmedido y sin planeación alguna (EL Salto, Tlajomulco, Juanacatlán e Ixtlahuacán). Financiados por parte del Gobierno Federal a través de las municipalidades, y con el apoyo de la Universidad de Guadalajara, El Colegio de Jalisco, el Consejo Consultivo de Seguridad Ciudadana y MARVIS Alternativas de Desarrollo, se realizaron en las colonias Oblatos, Miravalle, El Sauz, Santa Cecilia, Lomas del Paraíso (Guadalajara); en Mesa de los Ocotes, Lomas de la Primavera, San Juan de Ocotán y Santa Ana Tepetitlán (Zapopan); y en Los Puestos, Francisco Silva Romero y El Zalate (Tlaquepaque). La selección de estas colonias fue decisión de las municipalidades considerando la información contenida en las instancias de Seguridad Pública y Prevención del Delito con respecto a la presencia de pandillas violentas, la falta de servicios sociales y equipamiento urbano y, también, la presencia del crimen organizado (cárteles) en estas zonas urbanas.

Además de la investigación para determinar las principales afectaciones de las violencias sociales en los y las jóvenes de estas colonias, se trabajó en horizontalidad con los jóvenes pandilleros temas referentes a sus preferencias culturales (música de rap, grafiti, crianza de perros pitbull) y se les impartió a ellos y ellas, y a agentes de la policía local, talleres sobre Derechos Humanos, Resolución Pacífica de Conflictos, Derechos Sexuales, Masculinidades Alternativas, Procesos de Resiliencia hacia la Violencia, entre otros. El objetivo primordial de la intervención fue construir con los y las jóvenes alternativas laborales y culturales que les evitaran la inserción en de las filas del crimen organizado.¹

¹ Para cada uno de los trabajos de investigación/intervención, véase Marcial y Vizcarra, 2014, 2015a, 2015b y 2017. Todos los productos de estas investigaciones (publicaciones, música, fotografías, video documentales, manuales de talleres) están disponibles en <https://www.marviz.org/>



II. Marco teórico/marco conceptual

Hablar de violencias sociales resulta problemático y difuso, no sólo porque muchas de sus manifestaciones logran pasar desapercibidas para quienes no la sufren “en carne propia”; sino porque además, aun cuando tales procesos logran salir a la luz pública, el silencio precisamente de quienes no la sufrimos (especialmente de las instituciones y sus representantes) oficializa su aceptación como una forma de relación social lacerante, pero plenamente vigente y altamente funcional, en una sociedad que tiende a violentar cada vez más las estructuras, los procesos y los espacios de convivencia social. Sabemos para nuestro caso, como apunta Reguillo, que

[...] las violencias que protagonizan los jóvenes, ya como víctimas o como victimarios, deben ser calibradas en el contexto de los proyectos sociopolíticos y los modelos económicos contemporáneos. Ellas, me parece, se proyectan sobre un imaginario social al que parece faltarle proyecto colectivo, sobre una sociedad atemorizada por las señales constantes de la ruptura del orden conocido y el declive acelerado de las instituciones, perseguida por la pobreza y la ausencia de un orden inteligible (Reguillo, 2008: 20).

En tal contexto, el día a día, en la calle, en la casa, en la cama, en el barrio, en la oficina, en la escuela, en el supermercado, en el parque, de automóvil a automóvil, en muchos espacios y de muchas formas, las violencias aparecen, irrumpen, se imponen y atemorizan; todo ello para lograr su objetivo: imponer la fuerza y desestimar el consenso como una forma democrática de relación y organización social. Por lo anterior, resulta indispensable problematizar esas experiencias para poder comprender los complejos procesos sociales y culturales que sirven como contexto, ámbitos de creación y recreación, y fundamentos formales e informales de discursos y prácticas violentas de hombres y mujeres con nombre y apellido, con intereses particulares identificables y con objetivos definidos por la carencia total de ética y responsabilidad sociales.

Intento, entonces, pensarlas [a las violencias] desde adentro, condición fundamental para no convertirnos en rehenes de una epidemiología de las violencias que se regodea en el dato, en la estadística del horror, en la acumulación de ejemplos para documentar la barbarie aguas abajo del Río Bravo y colocar el dedo acusador, que se levanta desde algún lugar, que quiere situarse más allá [...] y se instala como coartada perfecta para distribuir culpas y pecados en tanto coloca a sus expresiones y a sus operadores en un *al otro lado de la línea*: los violentos son los otros, salvajes, primitivos, anómalos, portadores de una identidad deteriorada (Reguillo, 2005: 397).



Aunque resulta obvio que las raíces sociales de los aspectos relacionados con las manifestaciones de violencia social deben rastrearse muy atrás en el tiempo, me parece pertinente centrar la atención en lo que ya los expertos han mencionado sobre un evidente avance significativo de la violencia en nuestras sociedades contemporáneas (Žižek, 2009). Este proceso ha estado tomando forma en distintas maneras de “violentar” las características culturales de los “otros” y sus formas de estar en el mundo, de organizarse y de manifestarse en sociedad, para propiciar con ello su control y en ocasiones hasta su aniquilación. Quienes intentan imponer un modelo de sociedad basado en las jerarquías y los privilegios, se han visto forzados a impulsar violentamente una homogenización que en no pocos lados reaviva las resistencias a lo institucional, las inconformidades ante la exclusión y las apuestas por una diversidad inclusiva. El “pasaje de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control”, según Deleuze (2000), supone a su vez el pasaje de un “universo reglado” a otro “desreglado”; y ello está implicando, de muchas formas, que la violencia como recurso pueda ser empleada (así, sin justificaciones ni rendición de cuentas) por quienes acaparan lo que Gramsci (1998) alguna vez nombró como el “monopolio del uso de la fuerza legítima”:

Millones de pobres serían tendencialmente más inquietantes que grupos armados, con el agravante de que buena parte de sus movimientos eran impredecibles y, sobre todo, no necesariamente concertados. ¿Cómo identificar, si no, a los cientos de miles de migrantes que año con año cruzan las fronteras (particularmente las del norte del continente) en busca de mejores condiciones de vida? ¿Qué hacer con los jóvenes carentes de opciones de estudio o empleo que pueblan los barrios de todas las ciudades? (Sosa, 2004: 124).

En tal contexto, algunos grupos poblacionales en desventaja social y cultural, como las mujeres, los niños, los jóvenes, los indígenas, los migrantes, los homosexuales y las minorías religiosas quedan expuestos a diversos escenarios y experiencias de segregación y exclusión social al no ser considerados como ciudadanos con derechos; precisamente porque algunos de ellos suelen reproducir modelos de conducta, experiencias de organización y formas de expresión que se desmarcan de los modelos institucionales designados para ellos. De acuerdo con la Organización Panamericana de la Salud:

La violencia juvenil es una de las formas de violencia más visibles en la sociedad [...] En casi todos los países, los adolescentes y los adultos jóvenes son tanto las principales víctimas como los principales perpetradores de esa violencia. Los homicidios y las agresiones no mortales que involucran a jóvenes aumentan enormemente la carga mundial de muertes



prematuras, lesiones y discapacidad. La violencia juvenil daña profundamente no solo a las víctimas, sino también a sus familias, amigos y comunidades. Sus efectos se ven no solo en los casos de muerte, enfermedad y discapacidad, sino también en la calidad de vida [...] En este informe, se define a los jóvenes como las personas de edades comprendidas entre los 10 y los 29 años.” (OPS, 2003: 27).

III. Metodología

Además de constantes y fructíferos recorridos de reconocimiento por parte del equipo de investigación en las cuatro colonias del estudio para el contacto con informantes clave (sean institucionales o vecinales), con el objetivo de recoger sus opiniones y de solicitarles el contacto con jóvenes pertenecientes a “barrios” o “pandillas”, otra forma de convocarlos y entrar en contacto con ellos para aplicar una encuesta y buscar jóvenes que pudieran ser líderes en sus colonias, fue la realización de un evento de esparcimiento en cada una de las colonias. La convocatoria a estos eventos, además de la invitación directa durante nuestro trabajo de campo en las colonias, se realizó a través de pegar posters en bardas y postes. Los eventos consistieron en la presentación de profesionales en el cuidado de perros pitbull pertenecientes a la asociación ABKC Kennel Club y editores de la revista *Atomic Dogg*, así como raperos locales conocidos como “El Negro Azteca”² y “Push El Asesino”. Posteriormente se llevaron a cabo dos concursos: uno de música rap³ cuyo ganador obtuvo la grabación profesional de 4 canciones de su inspiración con un estudio fotográfico también profesional para los empaques del CD y con la reproducción de 1,000 copias completamente gratis para que difunda su música, así como la impartición de un taller para aprender a realizar grabaciones digitales de forma profesional con equipo de bajo costo, y otro taller más para la sensibilización hacia lo negativo de la violencia, la importancia de los derechos humanos en la vida cotidiana, las masculinidades alternativas y la educación para la paz. El otro concurso fue de ejemplares caninos de la raza pitbull de propiedad de los jóvenes de las colonias.⁴ El macho ganador en cada caso obtuvo el

² Este artista del rap es reconocido por muchos jóvenes de grupos barriales de nuestra ciudad como un ejemplo de quien, gracias a esta práctica musical, logró dejar atrás una vida en “pandilla” con violencia y conflictos con la ley.

³ Para el concurso de rap se exigió que fueran creaciones propias y que llevaran los jóvenes sus propias pistas musicales. El tema de las canciones fue libre, pero se anunció que para el concurso se tomarían más en cuenta las creaciones que no hablaran de violencia, sustancias ilegales y sexo explícito.

⁴ Los requisitos para el concurso de perros establecieron que fueran de raza Pitbull y American Bully, que los cuidaran los propios jóvenes, que supieran controlarlos y que no demostraran heridas ocasionadas en peleas entre perros.



registro de su ejemplar en la Asociación ABKC Kennel Club, cuyo reconocimiento les permite obtener una especie de “pedigrí”,⁵ el número reciente de la revista *Atomic Dogg*, un collar para el perro de valor comercial alto y un costal de 25 kilos de croquetas. Los finalistas en las categorías de cachorros (de 2 meses a un año) y hembras recibieron también costales de croquetas.

Además de un recurso para entrar en contacto con estos jóvenes y, durante el evento, aplicar la encuesta que se menciona más adelante, tanto el rap como la crianza de canes pitbull busca demostrarles a los jóvenes las posibles actividades de su gusto que les puedan representar ingresos económicos. Los músicos vendiendo sus CDs y adquiriendo reconocimiento entre sus pares y con compañías independientes de grabación de la localidad, con propuestas a favor del respeto a la diversidad y la integración armónica de la sociedad; mientras que los dueños de perros a través de la cruce de sus ejemplares y venta de sus cachorros como una actividad legal, más segura, más duradera y más ética que las apuestas en las peleas clandestinas de estos canes e, incluso como “armas” en enfrentamientos callejeros con otras “pandillas” y para realizar asaltos a transeúntes.

De tal forma, y a la par de estas actividades culturales, se desarrolló el trabajo de campo en las colonias seleccionadas a partir de visitas permanentes y trabajo etnográfico de observación y análisis. Los integrantes de estos grupos barriales oscilan entre los 25 y los 150 miembros. Se ubican entre los 12 y los 32 años de edad y, por sus propias denominaciones, existen rivalidades importantes entre “norteños” y “sureños”, así como entre las adscripciones a las “pandillas” originarias de Los Ángeles y conformadas a partir del Barrio 18 y el Barrio 13. Durante el evento de rap y canes realizado en esta colonia fue evidente la presencia de estos grupos a partir de su vestimenta de colores rojo y azul.⁶ De los jóvenes encuestados en las 4 colonias, cerca del 70% aceptó pertenecer o haber

⁵ Por sus propias características, su agresividad y su uso en peleas clandestinas, estas razas no pueden acceder al pedigrí de la Asociación Canófila Mexicana y de asociaciones similares a nivel internacional. Este registro les permite obtener algo muy similar que entre quienes gustan de estas razas es reconocido en muchos países.

⁶ La división entre “norteños” y “sureños” proviene de la historia del cholismo hace 40 años, y tiene que ver con dos grandes organizaciones delictivas de “gangas” o “pandillas” de mexicanos comandadas por sus líderes desde las penitenciarías californianas, la *Mexican Mafia* (MM) y *Nuestra Familia* (NF) (véase al respecto Marcial, 2011). Caso similar es el del Barrio 13, que en El Salvador, y después de ser deportados miles de jóvenes de regreso a su país desde California, conformaría lo que se conoce como la Mara Salvatrucha; y sus rivales a muerte del Barrio 18, que devino en la Mara 18 (al respecto véanse Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007; y Cerbino 2011). Aunque los nombres, números y colores no implican necesariamente un vínculo directo con estas organizaciones criminales, son retomados como símbolos distintivos ante enfrentamientos antagónicos por la lucha de territorios y prestigio.



pertenecido a un grupo barrial juvenil conocido como “pandilla”. La participación de mujeres en este tipo de grupos es muy baja, además de que tiende a desaparecer al llegar a los 20 años de edad. Según nuestro trabajo etnográfico, esta realidad responde a varias cosas. En primer lugar, es común que dentro de este tipo de grupos barriales la presencia femenina sea meramente “decorativa”. Las mujeres que se acercan y conviven con los varones en estos grupos, en la mayoría de los casos, no son cuantificadas por estos jóvenes como “miembros” (con plenos derechos) de la “pandilla”. Ciertamente su participación es bastante menor que la de sus compañeros varones, pero aún más, en buena medida son invisibilizadas por ellos ya que sólo son consideradas como “recursos sexuales” para algunos miembros del grupo. De tal forma, muchas de estas chicas no se consideran de la “pandilla” aunque convivan con ellos, ya que la membresía no es tan fácil de obtener como mujer. Es también destacable que existen los casos en que, frente a esta realidad de exclusión, las mujeres en ocasiones formen sus propias agrupaciones en las que los varones no tienen participación. Conocimos el caso de las Zorras 13, de Santa Ana Tepetitlán, como el único que hemos detectado certeramente de este tipo.⁷ Por otra parte, la llegada de los hijos principalmente por embarazos no planeados es una de las causas más fuertes de que a mayor edad, las mujeres dejen de participar en estos grupos.

IV. Análisis y discusión de datos

Sabemos que hoy es claro que el fenómeno de la violencia en nuestras sociedades se ha incrementado a niveles que ponen en entre dicho la convivencia armónica y por ello preocupa a gobiernos y sociedades. Al reflexionar sobre las experiencias violentas en las trayectorias de vida de millones de jóvenes debemos reconocer ambas caras de la moneda: los jóvenes destacan como víctimas de la violencia y también como generadores de actos violentos. Pero debemos atender esta realidad desde una visión amplia que no los condene por ello y, mejor, que identifique las posibles acciones que incidan en el decremento de los niveles de violencia juvenil. El resquebrajamiento o desarticulación

⁷ El término “zorra” es usado de forma peyorativa hacia mujeres y homosexuales para calificarlos de ser sexualmente promiscuos. En el caso de esta agrupación femenina, se usa este nombre de forma temeraria por esta razón, pero alude a los “zorros” del equipo tapatío de fútbol Atlas por sus colores, rojo y negro. Las Zorras 13 se adscriben a la identidad “norteña” y el color rojo, y es común verlas a ellas y a otras agrupaciones “norteñas” con la playera de este equipo de fútbol. Es común que los varones “norteños” se integren como “parches” en las barras más violentas, como la “Barra 51” del equipo Atlas de Guadalajara.



de las trayectorias juveniles otrora certeras, en las que el camino lineal de la familia parental (como hijos) hacia la educación formal (escuela), de ésta al mundo laboral y de allí a la posibilidad real de conformar una familia propia (como padres), ha dejado de funcionar y ello está provocando incertidumbres y dudas de millones de jóvenes sobre su futuro. A ello se suman situaciones que provocan procesos en los que muchos jóvenes no logran ubicarse socialmente en el presente, ya que el núcleo familiar también se desquebraja ante las presiones externas por conseguir los ingresos necesarios para la reproducción doméstica, debido a sueldos insuficientes y horarios extenuantes. Por otro lado, la escuela cada vez menos representa ese espacio secundario (después de la familia) de seguridad y sentido, se vuelve aburrida y autoritaria, y no asegura ascender en la escala social por el sólo hecho de obtener un certificado escolar. Y finalmente, la ciudad tampoco les refiere sentido de pertenencia, diversión y seguridad personal por los altos índices de delincuencia e impunidad, y por la escasa o nula oferta de espacios y acciones propicios para sus intereses. Ante esta falta de sentido del presente y carencia de proyectos de futuro, muchos jóvenes en Guadalajara optan por vivir intensamente su juventud y en buena parte de los casos ello conduce a detectar y practicar conductas de riesgo en las que la violencia está latente.

Caracterizando así el contexto sociocultural de las violencias sociales en Guadalajara y su área metropolitana, es pertinente afirmar que estructuralmente las condiciones en las que viven los jóvenes pandilleros con quienes trabajé hacen crisis desde diferentes ámbitos. Al interior de sus unidades domésticas se presentan serios problemas de violencia intrafamiliar que, junto con la presión que ejerce el sistema productivo hacia estas familias a través de la falta de empleos con salarios dignos y suficientes y la precarización de los pocos existentes, tiene resultados en marcados procesos de abandono y descuido de los menores, la falta de supervisión en sus desempeños escolares y conductas, así como en la naturalización de relaciones agresivas e impositivas que conforman un estado de cosas en el que la violencia es un recurso “a la mano” muy efectivo para interrelacionarse. Lo anterior se suma a un contexto de incremento de la violencia callejera en sus barrios y colonias, en el que también se ha naturalizado la imposición por la fuerza ante las diferencias y conflictos cotidianos entre vecinos. Muchos de estos jóvenes interiorizan que se “debe” ser violento para sobrevivir en un espacio donde la violencia es el “pan de cada día”. Finalmente, ello se complementa con procesos de violencia



institucional que van desde la continua ejecución de “rondines” policiacos que, sin respetar los derechos humanos más elementales, mantienen una relación conflictiva y violenta hacia estos jóvenes que suelen estar en las calles y esquinas porque no tienen espacios urbanos ni familiares de convivencia y esparcimiento. Además, institucionalmente no existen políticas públicas ni acciones de gobierno que atiendan las necesidades más elementales (materiales, psicológicas, culturales, familiares) de estos jóvenes, dejándolos a su suerte ante la complicada situación económica y social que enfrentan.

En este contexto social, las pandillas se convierten en una “familia de calle”, que complementa y en ocasiones llega a sustituir a la familia de sangre de los jóvenes involucrados. Es, básicamente, un espacio de socialización que llega a cubrir las necesidades que se supone otras instituciones como la familia, la escuela y las iglesias deberían hacerlo. En cuanto a la familia, la pandilla muchas veces sirve de “abrigo” protector hacia sus integrantes, donde el reconocimiento, el respeto, el apoyo y la solidaridad juegan, según reglas muy específicas entre ellos y ellas, un papel que les permite a sus integrantes dotar de sentido y coherencia su actuar en el mundo. En cuanto a la escuela, la pandilla coadyuva en un aprendizaje cotidiano, ciertamente callejero, como parte de su socialización primaria en la que desde edades muy tempranas van aprendiendo a desenvolverse en la vida, a distinguir (desde valores específicos de su cultura grupal) lo que es bueno de lo que es malo, a respetar y solidarizarse incondicionalmente con el grupo, a descifrar el devenir propio de sus barrios y sus coetáneos, a valerse por sí mismos y resolver (desde la legalidad, la paralegalidad o, incluso, la ilegalidad) cada día sus necesidades económicas, así como afectivas. Y, en cuanto a la religión, porque el grupo ofrece y reproduce un marco de valores y visiones de mundo que definen sus creencias, devociones y lealtades supraterrrenales.

Así las cosas, considero que las pandillas finalmente permiten el desenvolvimiento de algunos jóvenes en su vida social ante las limitantes que las instituciones mencionadas no les ayudan a superar. Viene a ser un recurso, no necesariamente el mejor de los posibles pero sí el que está más “a la mano”, para una vida comunitaria con sentido en los barrios empobrecidos de nuestra ciudad. Definitivamente son una forma peculiar, pero muy extendida, de ser joven en estos contextos de pobreza y violencia. Desde ella, el apoyo psicológico, afectivo y material dentro de los grupos les



permite superar, a forma de reacción, la violencia intrafamiliar, barrial, institucional y estructural; la escasez de ingresos económicos; la falta de autoestima, respeto, solidaridad y cariño; y, en definitiva, la identidad personal encuadrada dentro de la identidad de grupo, con una lógica que les confirma que en la medida en que el grupo sea superior a otros, ellos y ellas también podrán estar y sentirse mejor a nivel personal.

V. Conclusiones

El notable incremento de expresiones de violencia interpersonal hunde raíces en este tipo de individualismo impulsado por el pensamiento neoliberal, ya que éste último se va arraigando con mayor fuerza a través de las políticas estructurales en México; y deja al descubierto acciones y prácticas institucionales, desde el gobierno y sus representantes, de clara burocracia, autoritarismo, corrupción e impunidad. Las tendencias negativas a nivel interpersonal encuentran un “eco” y un “caldo de cultivo” en las cotidianas expresiones de ilegalidad provenientes de los aparatos estatales de gobierno a diferente escala (municipal, estatal y federal). El proceso de individualización es uno de los aspectos fundamentales del neoliberalismo: en tal esquema de organización social, “la individualización es un destino, no una elección” (Bauman, 2000: 34). También, como es ya sabido, las políticas neoliberales y sus ideólogos insisten en que, para que su modelo sea exitoso, la población debe internalizar la creencia de que los individuos solo pueden ser recompensados en base a su esfuerzo personal (Amable, 2011).

En este sentido, entonces, el neoliberalismo puede ser visto como contribuyente a la violencia interpersonal, actuando a través del proceso neoliberal de individuación. Lo que cada vez es más evidente, pero que podríamos rastrear sus orígenes, con relación a las prácticas violentas de juventudes disidentes, desde los años sesenta del siglo XX; tal y como lo documentó magistralmente en su momento Michel de Saint-Pierre (1970) al analizar diferentes expresiones de la violencia juvenil en Francia. Posteriormente Pierre Bourdieu (1992) afirmaría que desde la llegada del neoliberalismo, ese país se ha convertido en un Estado menos preocupado por el bienestar social de sus ciudadanos, y se ha preocupado más por el adecuado funcionamiento estructural de la economía. Fougère, Kramarz y Pouget (2009) destacan, en sintonía a ello, que el crimen juvenil violento aumentó en



Francia dramáticamente entre 1990-2000. Tal perversa relación entre la tríada neoliberalismo-individualismo-violencia, considero, provoca una pérdida de integración comunitaria y, como resultado, un potencial incremento de las violencias sociales (Hirschi, 1969).

“[...] el neoliberalismo no puede causar directamente la criminalidad y la violencia, [...] pero sus consecuencias sin duda ayudan a crear las circunstancias en las que las tasas de criminalidad son más propensas a incrementarse” (Horsley, 2010: 20).

Es ya evidente que una de las principales consecuencias del neoliberalismo es la desigualdad económica y política, además del individualismo. La estrecha relación entre las desigualdades sociales y los procesos de individualización está implicando que el retiro del Estado de la política social asertiva, y de una vida institucional, provoque en los ciudadanos y las ciudadanas percepciones de decisiones, acciones y procesos impositivos, agresivos e injustos; lo que no pocas veces implica frustración social de muchos excluidos. Con tal proceso de resquebrajamiento de los vínculos sociales por las políticas neoliberales, las violencias han sido la respuesta de individuos y grupos desfavorecidos. Y la “mano dura”, la política autoritaria desde el Estado mexicano que hoy encabeza Enrique Peña Nieto, está demostrando fehacientemente que las respuestas solo son represivas e inculpatorias, al criminalizar la protesta social y reprimir con fuerza exagerada los movimientos sociales que demandan una mayor democracia o, al menos, el cese de las violencias estructurales promovidas desde el Estado neoliberal en colusión con el crimen organizado. Por acción u omisión, el aparato estatal es el responsable del avance, control y consolidación de la presencia de los cárteles de delincuencia organizada en la vida cotidiana de los ciudadanos y las ciudadanas de nuestro país.

Regresando a lo micro, a las experiencias de jóvenes en “barrios” o “pandillas” violentas, recupero a manera de comparación los hallazgos de un trabajo realizado hace 20 años con este tipo de grupos juveniles barriales en el contexto de Guadalajara (Marcial, 1996). Obviamente hay tendencias que se mantienen: el por qué los jóvenes se insertan en estas “pandillas” básicamente sigue siendo igual, es decir, porque no estar en una es arriesgarse cotidianamente en las calles del barrio. Tienen la necesidad de pertenecer a un grupo, pues de no ser así serán molestados y agredidos por sus pares que sí pertenecen a una “pandilla”. También se debe a una especie de “tradición familiar”, porque los hermanos, tíos, padres, primos han pertenecido a la misma “pandilla” y por ello ya les



resulta algo “natural” o algo “obligado”. También se insertan en ellas por la cotidianidad de verlas allí, justo afuera de sus casas o de las escuelas.

Por su parte, que estos grupos se relacionen con el crimen organizado tiene mucho que ver con las concepciones de sus líderes.⁸ Existen los líderes que están más preocupados por cuestiones culturales o, incluso, sociales dentro de su propia comunidad barrial. Y hay otros líderes que se identifican mejor con esta actitud individualizada comentada párrafos arriba, mediante la cual se prefiere recurrir a la ilegalidad y la delincuencia como una forma de obtente recursos y satisfactores de diversa índole. Las formas violentas en que se expresan tienen que ver con esa competencia simbólica por los territorios de la “pandilla”,⁹ con el grafiti que marca ese territorio, con los enfrentamientos físicos que resultan de que un grupo ingrese al territorio de otro. En esto sigue prevaleciendo la misma lógica: son grupalidades juveniles que se forman naturalmente en estos barrios por lo mismo que lo hacen jóvenes de otros estratos sociales. Estos otros tienen la oportunidad de ver a sus pares, a sus amigos, irse a platicar a un video bar, comprarse y beberse una cerveza platicando de sus problemas cotidianos (como la situación escolar y los problemas con las calificaciones, las experiencias de sus relaciones de noviazgo, los conflictos con padres y profesores, etc. Los jóvenes “pandilleros” que (sobre)viven en barrios populares hacen exactamente los mismo, pero como en sus casas no cuentan con ese espacio personal tan necesario en la etapa juvenil de la vida, y sin contar con un automóvil ni dinero para ir a un bar de la ciudad, beben, platican y “cotorrean” (“tirar barrio”, le llaman) en la esquina del barrio. Esto ya es un problema para ellos, porque al socializar una cerveza incurren en faltas administrativas de los reglamentos policiacos por beber en la vía pública; además de estar frente a los “enganchadores” del crimen organizado presentes en sus barrios.

⁸ A pesar de que en reiteradas ocasiones durante trabajo de campo, desde aquella investigación hace 20 años hasta la fecha, los jóvenes “pandilleros” aseguran que dentro de sus grupos las relaciones son “horizontales” y no existen líderes; es un hecho que el accionar cotidiano de estos grupos está marcado, dirigido, por un pequeño grupo de entre 3 o 5 integrantes con cierta jerarquía sobre el resto. Su posición suele responder a su prestigio como “veteranos”, por ser mejores para pelear con mayor violencia, por experiencias en el consumo de sustancias, con las mujeres o de migración a los Estados Unidos, etcétera.

⁹ Un referente básico de identidad en estos grupos ha sido, y sigue siendo, de manera destacada en control de un territorio propio en el espacio barrial de pertenencia.



Por otro lado, y como parte de la “teatralización” de la violencia en tanto acto performativo, siempre ha sido común en estas grupalidades juveniles demostrar quién es el mejor, quién sobresale, quién es el “mero machín”. Pero lo que se detectó de forma novedosa es que dicha teatralización ha dejado las apariencias (el mundo simbólico) y ha pasado a agresiones físicas (el mundo real), cada vez con un incremento de los actos violentos perpetrados hoy en día con armas de fuego, inclusive algunas de alto calibre. Buena parte de la explicación a esto tiene que ver con el incremento de las violencias estructurales que son productos del modelo vigente neoliberal, como se ha planteado. Pero ante las condiciones estructurales prevalecientes, en las que los jóvenes varones no tienen las garantías para cumplir adecuadamente con su papel de proveedor por la carencia de empleos, buscan mostrar su masculinidad con expresiones violentas y agresivas: “no doy, no apporto, pero no dejo de ser hombre por ello y lo demuestro a trancazos”. La violencia muchas veces se dirige a sus enemigos “naturales” (otras “pandillas” y elementos de la policía), pero de ello no escapan sus familias, sus parejas, sus hijos, sus vecinos y quienes los rodean. Y en las mujeres jóvenes está sucediendo también algo novedoso, me parece. Como la imagen de “madre” y “ama de casa” abnegada también está en crisis, algunas mujeres buscan ser tomadas en cuenta por sus pares varones, los propios “pandilleros”, a través de un proceso de masculinización de sus expresiones, y compiten con ellos “en su propio idioma”: peleándose, agrediendo, robando; reproduciendo estas formas violentas de expresión simbólica y real para ser aceptadas por los varones.

VI. Bibliografía

- AMABLE, Bruno (2011). “Morals and Politics in the Ideology of Neo-Liberalism.” *Socio-Economic Review* núm. 9, Vol. I, Chicago, pp. 3-30.
- BAUMAN, Zygmunt (2000). *Modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre (1992). “The Left Hand and the Right Hand of the State”. G. Sapiro (ed.). *Acts of Resistance: Against the Tyranny of the Market*. Nueva York: The New Press, pp. 86-93.
- CERBINO, Mauro, coord. (2011). *Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado* (2 Tomos). Quito: FLACSO.
- DELEUZE, Gilles (2000). “Post-criptum a la sociedad de control”, *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.
- FOUGÈRE, Denis, Francis Kramarz y Julien Pouget (2009). “Youth Unemployment and Crime in France”. *Journal of the European Economic Association* núm. 7, Vol. V, Londres, pp. 909-938.



- GRAMSCI, Antonio (1998). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- HIRSCHI, Travis (1969). *Causes of Delinquency*. Berkeley: University of California Press.
- HORSLEY, Mark (2010). "Capitalism and Crime: the Criminogenic Potential of the Free Market". *Internet Journal of Criminology*, <http://www.internetjournalofcriminology.com/>
- MARCIAL, Rogelio (1996). *Desde la esquina se domina. Grupos juveniles de esquina: identidad cultural y entorno urbano en la sociedad moderna*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- _____ (2011). "Norteños vs Sureños: adscripciones identitarias y rivalidades de grupo a partir del fenómeno migratorio entre jóvenes cholos de Guadalajara". Gloria Briceño (coord.). *Memorias del Simposio Internacional México-Alemania 2010: "Migración. Desafíos y Posibilidades"*. Guadalajara: Prometeo Editores/Instituto Goethe Guadalajara/APERFA, pp. 63-73.
- MARCIAL, Rogelio y Miguel Vizcarra (2014). *"Porque así soy yo": identidad violencias y alternativas sociales entre jóvenes pertenecientes a "barrios" o "pandillas" e colonias conflictivas de Zapopan*. Zapopan: H. Ayuntamiento de Zapopan.
- _____ (2015a). *Líricas de Tlaquepaque* [proyecto de investigación/intervención].
- _____ (2015b). *Graffis urbanos contemporáneos: cicatrices en piel y muros*. Guadalajara: H. Ayuntamiento de Guadalajara.
- _____ (2017). *Puro loko de Guanatos: masculinidades, violencias y cambio generacional en grupos de esquina de Guadalajara*. Guadalajara: H. Ayuntamiento de Guadalajara.
- OPS (2003). *Informe global sobre la violencia*. Madrid: Organización Panamericana de la Salud.
- REGUILLO, Rossana (2005). "Ciudades y violencias. Un mapa contra los diagnósticos fatales" en Reguillo, R. y M. Godoy (eds.). *Ciudades translocales: espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*. Tlaquepaque: ITESO/SSRC, pp. 393-412.
- _____ (2008). "Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto". *Pensamiento iberoamericano*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo/Fundación Carolina, núm. 3, segundo semestre de 2008.
- SAINT-PIERRE, Michel de (1970). *La escuela de la violencia*. Barcelona: Plaza y Janés.
- SOSA, Raquel (2004). "Pobreza, violencia y seguridad pública en los años neoliberales" Raquel Sosa (coord.). *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- VALENZUELA, José Manuel, Alfredo Nateras y Rossana Reguillo (2007). *Las maras: identidades juveniles al límite*. México: UAM-Juan Pablos-El Colegio de la Frontera Norte.
- ŽIŽEK, Slavoj (2009). *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.